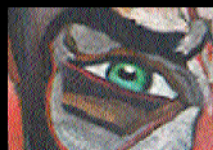


Stanisław Ignacy Witkiewicz
WITKACY



*La locomotora
loca*



MALDOROR ediciones



Stanisław Ignacy Witkiewicz

**LA LOCOMOTORA
LOCA**

Traducción:
Jorge SEGOVIA y Violetta BECK

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Szalona lokomotywa

Państwowy Instytut Wydawniczy, 1972

© Primera edición: 2009

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-97-5

MALDOROR ediciones, 2009
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldoroediciones.eu

La locomotora loca

Obra sin tesis,
en dos actos y un epílogo

[1923]

“No more rum”
Billy Buns en: “Treasure Island” RLS

Recogido de las ordenanzas de un maquinista:
“VI. Las mujeres han de permanecer lejos
de las máquinas; en ningún caso deben ser
llevadas con uno a las locomotoras.”

Del “Manual para maquinistas apasionados”

6

Para la señorita Irena Jankowska

PERSONAJES

Zygfryd Tengier — maquinista, 35 años. Cara oblonga, muy expresiva. Se aprecia fácilmente la fuerza de voluntad en las mandíbulas y en los arcos ciliares. Perilla oscura, recortada en punta, bigote pequeño. Vestido con camisa oscura y pantalón negro con ribetes rojos, y enfundado en unas polainas amarillas de cuero. Gorra con visera.

Mikołaj Wojtaszek — fogonero, 28 años. Completamente afeitado. Cara de rasgos sombríos y fuertes, pero —se podría decir— con un aire de soñador repugnante. Cabellos negros. Camisa gris, pantalón verde metido en altas botas amarillas.

Zofia Tengier — la mujer del maquinista, 28 años. Morena, muy bella y demoníaca. Vestida de manera elegante.

Julia Tomasik — la novia del fogonero, 18 años. Rubia, también muy bella, aunque de belleza más animal.

Turbulencjusz Dmidrygier — un señor de edad, con ropas de viaje.

Minna, condesa de Barnhelm — joven histérica y vulgar, pero con un cierto encanto característico de los representantes de antiguas familias en decadencia. Con ropas de viaje.

Tres viajeros de 3ª clase, con pinta de canallas. Uno de ellos es un ladrón, va esposado. Asegura que es maquinista.

Dos gendarmes, escoltan a la chusma esposada. Ropajes fantásticos.

8 Dama de compañía de Minna, la señorita **Mira Kapuścińska** — 45 años. Obesa, con gafas.

Jefe de tren — en uniforme austriaco, con adornos en color naranja. Lleva gorra con visera.

Doctor Marcelli Waśnicki — joven moreno, barba puntiaguda. Con bata blanca. Buen conecedor de su profesión.

Walery Kapuściński, hermano de Mira — rubio, 30 años. Empleado de banca y pintor secreto de la escuela formista.

Jan Gęgoń, guardagujas — barba pelirroja. Linterna roja y verde.

Su mujer, la bella **Janina Gęgoń** — rubia. Campesina, echadora de cartas.

[Muchos viajeros. Todos hablan en voz alta y muy claramente].

ACTO PRIMERO

La escena presenta la parte de atrás de una locomotora y la parte delantera del tónder. El punto de unión cae un poco a la derecha del centro del escenario. La locomotora puede ser muy grande, de un modelo todavía desconocido. Sentido del viaje: hacia la derecha. Aparte de la dirección “derecha” e “izquierda” sobre el escenario, se distinguirá el lado derecho e izquierdo de la máquina siguiendo el sentido de la marcha. La palanca de velocidades está, naturalmente, del lado derecho. El interior de la máquina está perfectamente alumbrado por dos linternas. Se aprecian las manecillas y demás accesorios de mando que brillan a la luz de las linternas. La caldera abierta despide luz y llamas que brotan allí. La locomotora debe estar construida de manera que el espacio libre entre el carbón del tónder y la caldera sea bastante grande (como una habi-

tación normal], y para que el techo de la locomotora no oculte el lugar de la acción a los espectadores de gallinero. De vez en cuando sale vapor de los grifos delanteros y lo oculta todo. El andén debe ser muy alto, más de medio metro, y debe estar rodeado por una barrera separando la máquina del resto del escenario. Las personas situadas cerca de la locomotora, en el suelo, deben ser visibles hasta medio cuerpo. Los decorados del fondo del escenario han de estar concebidos con ayuda de un aparato cinematográfico proyectando imágenes sobre una pantalla (se instalará ese aparato detrás de la locomotora). Al comienzo, el fondo permanece inmóvil y representa la estación. Desde que el tren se pone en marcha, el fondo comienza a moverse hacia la izquierda (vista tomada del tren en marcha). Las mismas imágenes pueden repetirse con ciertas limitaciones. Por consiguiente, al principio, el cuadro representa la estación, vista del lado del andén. El crepúsculo de la tarde se apaga en el horizonte; a la izquierda se ve el depósito de las máquinas con las señales luminosas y las siluetas de las locomotoras. Señales con luces rojas y verdes y con las aspas levantadas. El primer acto comienza a interpretarse más allá de los edificios de la estación, en un andén vacío. Más lejos, pasada la señal luminosa, se percibe la iluminación de la ciudad cuyos resplandores comienzan a luchar contra la luz crepuscular. Sobre ese fondo se dibujan las siluetas de las

casas con algunas luces, las torres, los rascacielos, las nubes, etc. El fogón de la caldera está abierto. Brotan las llamas. El fogonero Wojtaszek carga el fogón, arrojando gruesos trozos de hulla mientras silba "El Tango Ideal" Esa calma no dura mucho tiempo porque por el lado derecho se acerca Julia. Está elegantemente vestida, aunque con un gusto rebuscado. Lleva una pequeña cesta al brazo. Durante toda la parada del tren, se oye el habitual ruido de las estaciones: silbido de locomotoras, golpeteo de vagones que chocan, campanillas y el rumor del gentío.

JULIA: Mikołaj, te traigo la comida. Creo que esta noche vas a reventar. Te traigo los dulces de ciruela, los que más te gustan, y una botella de chartreuse.

MIKOŁAJ: [arroja la pala, cierra el fogón, la máquina comienza a soplar]. Gracias, Juleczka. [Desciende, coge la cesta, sube, deja la cesta en el tender y baja otra vez. Todo eso lo hace con la habilidad de un mono].

JULIA: [durante ese lapso de tiempo] ¿Dónde anda el señor Tengier?

MIKOŁAJ: Ha ido a la cantina con su mujer, a tomarse una cerveza. Pero tú no has venido aquí para verle a él, ¿no?

JULIA: ¡Ah! Tal vez. Qué sabrás tú, pijo carbonero.

MIKOŁAJ: [descendiendo]. Vale, nena, pero no te pases, porque si me caliento...

(Por la derecha se acerca Tengier, pausadamente, con su mujer. Ella viste con sencillez, pero con gusto. También lleva una pequeña cesta).

JULIA: Haz lo que quieras. Yo no te ato. Ya estoy harta de tus continuas amenazas de muerte.

MIKOŁAJ: Ah... Si pudiera confesártelo todo, entonces sí que cambiarían las cosas.

JULIA: Hazlo. ¡Yo no tengo miedo!

MIKOŁAJ: (con un tono enfadado y en voz baja). Silencio. Se acercan los Tengier.

TENGIER: Mikołaj, ¿cuántas atmósferas?

MIKOŁAJ: Seis y media, señor Tengier.

TENGIER: Carga (Mikołaj sube a la locomotora. Carga. Brota la llama). Tengo la impresión de que hoy voy a necesitar vapor como para seis compounds. Esta bestia alcanza una velocidad loca cuando coge impulso, pero no tiene fuerza de remolque. Además, se ha incorporado un coche-cama. (Con un tono diferente) ¡Pero si la señorita Julia está hoy bellísima, como una diablesa! Qué digo, diablesa, pelirrubia... nada de eso. Una verdadera diablorrubia. En fin, todo podría ser distinto si no fuese por esta máquina. Es lo único que me ata. Si no fuera por eso estallaría como una bomba. (Zofia le tira por una manga). Déjame en paz...

JULIA: Señor Tengier, dice siempre unas cosas...

ZOFIA: Sí, siempre miente. Pero en el fondo es dulce como un flan. Yo detesto la blandenguería en los hombres.

JULIA: No hablará usted en serio, señora.

ZOFIA: No, nunca. Ayer lo engañé con el conductor del Norte-Express. Y él ni se inmutó.

JULIA: ¿Quién? ¿Su marido o el conductor?
[Mikołaj cierra con estrépito la caldera y se inclina sobre la máquina].

TENGIER: ¡Qué tonterías! No las escuches, Mikołaj.

MIKOŁAJ: [molesto] Usted terminará corrompiendo a mi novia, señora Zofia. Ya le tengo dicho que no le cuente esas cosas

JULIA: Qué lila eres, Mikołaj. Yo ya estoy más que corrompida. No tengo nada que aprender.

MIKOŁAJ: [Hace intentos de descender de la máquina]. Cállate, maldita harpía, cacatúa, te...
[Sus palabras son interrumpidas por la trompeta del jefe de tren, que aparece por el lado izquierdo].

TENGIER: ¡En marcha! [Besa a su mujer, salta a la locomotora, lanzando un grito salvaje mezclado con el maullido de un gato. Las mujeres se retiran por la izquierda. Mikołaj se inclina hacia fuera]. ¡Inyector en marcha! ¡Rápido! Nivel del agua, siete grados, es...

[El sonido del pito que él mismo acciona, corta sus palabras. A continuación abre el regulador. El vapor se escapa de los grifos de cilindro y lo cubre todo. En tanto se disipa, los decorados pasan a la izquierda. Se oye el tren y el silbido cada vez más rápido de la locomotora. Desaparecen las últimas luces de la estación. Después pasan los suburbios y las afueras, iluminados por la luna. Pausa].

MIKOŁAJ: [mirando el manómetro] Siete atmósferas. Creo que es demasiado.

TENGIER: Ahora, ¡a quitarse las máscaras! Estamos de nuevo en nuestra isla solitaria, como Robinson y Viernes. Jugaremos a Robinson como cuando éramos niños.

[En ese instante se ve el brillo de las luces de la ciudad, después pasan los campos, los bosques, las colinas y las aldeas].

MIKOŁAJ: Señor Tengier, esto no puede seguir así. De una vez por todas tenemos que hablar sinceramente. Dejemos a un lado las cosas serias: ¿no estará usted ligándome a la novia?

TENGIER: [pulsando con más fuerza el regulador]. Querido Mikołaj, primero echa carbón. Ya hablaremos.

MIKOŁAJ: Señor Tengier, ¡los tubos de la caldera...!

TENGIER: Olvídate de los tubos. [Mikołaj carga. Brota el fuego]. Pues bien, ya lo ves: si quiero, puedo ser un simple maquinista, y tú, supongo, también puedes ser un fogonero ordinario. Y eso a ti quizá te resulte más fácil.

[Los movimientos de Tengier para activar el regulador son marcadamente exagerados y llamativos. Durante ese tiempo, la locomotora sopla cada vez con más frecuencia].

MIKOŁAJ: Eso aún está por ver. [Cierra el fogón].

TENGIER: Tu observación es interesante, pero ahora no se trata de eso. Desde que subimos a

esta máquina, todo va bien. Dejando a un lado el asunto de la estación, que se puede resolver fácilmente, nos encontramos aquí sobre esta bestia de hierro, completamente aislados del resto del mundo. Recorremos el espacio y tenemos conocimiento de ello. Para un maquinista, como dice Lenart, la relatividad del movimiento no existe. Sabe que no es el paisaje el que se mueve, porque lo que caldea y lubrica no es el paisaje, sino su máquina. Lo mismo puede decirse de todos los seres vivos que se mueven. Incluso la existencia de una pulga contradice todas las leyes de la física. Es por eso, justamente, por lo que el punto de vista físico de la relatividad nunca puede adecuarse a lo real.

MIKOŁAJ: Señor Tengier, o usted soslaya el asunto o bien está bromeando.

TENGIER: Un momento, déjame pensar. Pues bien, si los dos pudiésemos –aunque me sentiría mejor yo solo– si pudiésemos subir a un pequeño planeta o meteoro, sería más confortable que rompernos el cuello contra estos raíles, que finalmente ya sabemos, sin ninguna duda, a donde nos pueden llevar. Un barco, eso sería lo mejor, pero yo no soporto el agua ni los problemas que se relacionan con ella... ¡En nuestra época la piratería ya no es posible, ay!

MIKOŁAJ: [intrigado]. Entonces, ¿se trata de conseguir ciertos beneficios materiales por medios poco lícitos?

TENGIER: Oh, no... no quise decir eso. Además,

un barco no podríamos llevarlo entre los dos, y una falena es poca cosa. No hay nada que hacer.

MIKOŁAJ: (mirando el manómetro). Ocho y medio, señor Tengier. ¿No es demasiado?

TENGIER: Podemos llegar hasta los diez. Hoy necesito sentir el vapor desatado, aunque no sé en qué medida. Desde esta mañana se dibuja vagamente un proyecto ante mis ojos. Debemos, aunque sólo sea por un instante, cortar con los lazos cotidianos. Entonces todo se iluminará por sí mismo. Lo haremos bruscamente, en el momento menos esperado.

MIKOŁAJ: Es curioso, desde esta mañana también estoy pensando en cosas extrañas y fantásticas, aunque no sé en qué exactamente. Ya cuando alimentaba esta bestia (golpea la caldera con la mano) algo indefinido ocupaba mi mente. Una oscuridad interior me oculta el sentido de la existencia. No es la contemplación, sino la acción quien puede alumbrarla. Pero es muy pequeña nuestra posibilidad de elegir acciones extraordinarias, si dejamos de lado las perversiones psíquicas, como usted llama a esas cosas, señor Tengier.

TENGIER: Yo pienso igual. Estoy de acuerdo. Amo a Julia y también a mi mujer, a la que sobre todo considero como una cómplice en ciertos asuntos de los que por ahora no quiero hablar. Julia es para mí la síntesis de ese encanto del enigma femenino, a pesar -o a causa- de su estupidez. ¿Pero se encuentra ahí lo esencial?

Quizá sea algo que puede estar bien aquí, pero posiblemente no ocurriría lo mismo allá abajo, sobre la tierra relativamente inmóvil. Aunque aquí, sobre esta bestia metálica en movimiento, todo se perciba de manera distinta. Traspolar este punto de vista a aquella esfera adormecida en la quietud y a la vez observarlo todo desde esta locomotora recorriendo el espacio. ¡He ahí el problema!

MIKOŁAJ: Ciertamente, yo he pensado lo mismo, pero no con tanta claridad. También he leído un folleto sobre la teoría de Einstein. Transformación de las coordenadas y relatividad de todo: eso me resulta conocido.

TENGIER: Entonces, he aquí la pregunta que se impone: ¿hay que mirar desde la máquina a la tierra o desde la tierra a la locomotora? Porque en la tierra, todo lo que digo en este momento debe parecer absurdo, algo que tiene más que ver con la Forma Pura, como dicen los Formistas. No hace mucho que he leído un panfleto de su mejor ensayista. Aunque eso carece de importancia. Lo diré claramente: ¿y si se pudiera transferir la vida hasta aquí, sobre esta locomotora, eh? Quizá se me reprochase que todo eso podría ser reemplazado por un coche-cama o un coche-restaurante. Pero hay un abismo entre esas dos cosas.

MIKOŁAJ: (riendo) Sí, incluso yo comprendo esa diferencia. Pero finalmente, la vida son las mujeres que poseemos... y las otras. ¿Viajar en una

locomotora e instalar en ella un manajo de esposas y novias? A propósito, señor Tengier, debe saber que desde que subo con usted a esta isla-máquina no le guardo rencor ni por lo de Julia. Aquí yo soy el fogonero, tengo mi propio lugar en el mundo. No soportaría ya a otro jefe. Aquí todo ocurre de la misma manera, aunque veladamente, igual que sobre la superficie de un cuadro: todo permanece en el mismo lugar como coagulado, aunque en realidad todo se mueve. ¡Es divertido! [Se ríe].

TENGIER: No te burles, Mikołaj. No es tan absurdo como te parece. No es más que irrealizable. Pero en sí mismo... Hmm... [Activa aún más el regulador. La máquina sopla cada vez más de prisa]. Eso es posible llevarlo a cabo una sola vez, diría yo, pero imposible de repetirlo o ejecutarlo en sentido inverso. Sí, sí, me parece que ya vislumbro mi proyecto

MIKOŁAJ: Pero al final de eso está la muerte.

TENGIER: (febrilmente) ¿Cómo lo sabes?

MIKOŁAJ: No me tutee, se lo ruego. 92 a la hora, señor Tengier. Todavía medio kilómetro más y estaremos en la pendiente. Ahora hay que cerrar el regulador.

TENGIER: No me enseñe a conducir la máquina, por favor. Usted está aquí para el fogón. Más carbón. Rápido, señor Wojtaszek [Mikołaj obedece la orden. Brota la llama]. ¿Cómo sabes que mi proyecto es mortal? Yo mismo soy incapaz de ver algo definitivo.

MIKOŁAJ: ¡Eso está allí! [Señala en la dirección del recorrido del tren].

TENGIER: Eso puede muy bien estar ahí. Te aprecio por el sismógrafo que llevas dentro de ti y del que ignoras su existencia pero que, no obstante, registra en tu interior la curva de esos temblores incomprensibles para ti mismo [con admiración]. Cómo un animal tan simple puede exponerlo todo tan sutilmente. [Una pausa]. Echa carbón. [Mikołaj obedece la orden. Brota la llama].

MIKOŁAJ: [en el momento de cargar]. Nosotros, por ahora, nos entendemos bien. Reflexionemos: toda la existencia infinita y nosotros –los dos– solitarios, abandonados por toda la humanidad, sobre este animal al galope, en la misma época. Si alguien fuera capaz de pensar durante mil años, no podría imaginar nada parecido.

TENGIER: ¿Qué es lo que entiendes por “abandonados por toda la humanidad”? Es cierto, debo confesarlo, pero matiza un poco más.

MIKOŁAJ: [arrojando la pala]. Se lo repito: cierre ese maldito regulador y haga funcionar los frenos, es decir, deje actuar al señor Westinghouse, porque podríamos descarrilar en la próxima curva. [Tengier cierra el regulador y acciona los frenos. El soplo de la máquina se detiene. Se oye el chasquido de las válvulas de la bomba de frenado y el rechinar de las ruedas].

TENGIER: Entonces, continúa ahora.

MIKOŁAJ: Usted sólo piensa en las mujeres. Quisiera tenerlas también en la máquina.

TENGIER: Es la segunda vez que intentas persuadirme, Wojtaszek. Créeme, la mujer para mí es sólo un símbolo, un signo visible de ese instante que pasa. Por lo demás, yo soy un seductor nato, lo confieso. Pero se trata sólo de alcanzar los medios que puedan permitirme llegar al corazón de ciertos instantes especiales.

MIKOŁAJ: Por lo que me parece, usted es alguien más importante.

TENGIER: (intentando desviar la atención). Ah... no hay en la vida absurdo tan grande como para ser digno de explicar el Misterio de la Existencia. Sólo los locos pueden saberlo y aquellos que en cualquier momento pueden volverse locos.

MIKOŁAJ: Ahora usted tergiversa las cosas. Correré un riesgo y le diré sinceramente: yo no soy Wojtaszek. Hace mucho tiempo que Wojtaszek reposa en la tumba. Ocupo su lugar y vivo con sus papeles. Mi nombre es Travailiac.

TENGIER: (deja de presionar los frenos, cesa el ronroneo de los mismos). Me has batido por media distancia. Justamente, yo también tenía la intención de presentarme. Entonces eres ese gran Travailiac al que la policía de todo el mundo busca en vano. Puedo dar la orden para que te arresten en el acto en Dumbell-Junction.

MIKOŁAJ: (con ademán de llegar al bolsillo trasero del pantalón). ¿Acaso me equivoco...?

TENGIER: Deje ese revólver, señor Travailiac. Ha sido una broma. Yo también quiero presentarme a un criminal como usted: soy el duque Karol

Trefaldi. A mí me pueden arrestar igualmente en cualquier estación. [Se estrechan las manos].

MIKOŁAJ-TRAVAILLAC: No, mi intuición no me engaña jamás. De lo contrario, hace mucho tiempo que estaría pudriéndome en la cárcel. Es un gran placer conocer a un colega de tal envergadura. Siempre soñaba con usted en los momentos de intenso trabajo. Podríamos decir, sin jactancia, que en la actualidad emergemos juntos de esa agitada papilla de la corrupción internacional.

TENGIER-TREFALDI: No, no. A mí me aburren todos esos crímenes, y sobre todo sus consecuencias. No hablo, evidentemente, de la prisión, sino de las consecuencias interiores. Los crímenes de hoy ocasionan una cierta atrofia de la individualidad. Y para comenzar una vida normal soy demasiado complicado, a pesar de mi aparente simplicidad. Sólo la pequeña Julia..., vamos, vamos, sin querer ofenderte. Escúchame. Travailleac: esto no puede seguir así. Tenemos que hacer algo verdaderamente infernal, pero no para los otros, sino para nosotros mismos. Sin esperar a mañana, enseguida, sin más tardanza. Sencillamente, amo a tu novia, y a menos que ocurra el más horrible de los accidentes, no podré dejar de amarla. Aquí, sobre esta máquina, cuando menos corro a toda la velocidad, lo cual me tranquiliza un poco. Mi mujer me chantajea.

TRAVAILLAC: ¿Pero cómo? Entonces ¿se trata

de Erna Abracadabra, la cantante del Beastly-Hole de Nueva York? ¿La cómplice de todos vuestros crímenes?

TREFALDI: La misma. Aunque ahora se tiñe el pelo de negro y su nariz es de parafina. Con su complicidad yo asesiné a mi tía, la princesa di Boscotrecase. Pero ya me cansé de ella. Dejó de gustarme. Gracias a eso aún está viva. Yo tampoco soy el mismo de antes...

TRAVAILLAC: Cada vez estoy más convencido de que nosotros tenemos que dedicarnos a un transformismo constante. Pero reflexionemos, pues. Aquí nosotros charlamos de este modo, y, un poco más allá, en un vagón cualquiera de nuestro tren hay alguien que lee las mismas cosas, una historia parecida sacada de la biblioteca criminal. ¡Qué curioso!

TREFALDI: Es posible. Aunque esa coincidencia no disminuye la grandeza de nuestros pensamientos ni la singularidad de nuestro encuentro. Pues, manos a la obra, ahora ya sé de qué se trata. Es precisamente lo que me viene atormentando desde hace tres meses. Desde el instante en que te has convertido en mi fogonero.

TRAVAILLAC: ¡Entonces, dilo, Karol, con la mayor sinceridad! ¡Estoy dispuesto a todo!

TREFALDI: Hemos de tomar la decisión esta misma noche. He aquí, pues: sigamos a toda pastilla sin detenernos, hasta rompernos el cráneo. Y ya veremos qué resulta de eso.

TRAVAILLAC: Entonces, será algo así como un

duelo o un juicio de Dios. Está bien. Eso se corresponde con mi ambición. ¿Así que la amas tanto, a pesar de tu edad, mi estimado Karol?

TREFALDI: Sí, pero de una forma muy común –¿comprendes?–, no se trata de seducirla para quitársela a un subordinado sino a un colega de categoría más alta. Tenemos que arreglar esto de una manera que sea digna de hombres de antaño, fatalmente perdidos en otro tiempo.

TRAVAILLAC: Yo no tiendo a la aristocracia. No soy un “esnob.”

TREFALDI: Es igual. Hace doscientos años seguramente hubieras sido un pavoroso canalla en lo más alto de la sociedad. Entonces, pulso al regulador.

TRAVAILLAC: Bueno, pero ¿y el tren? ¿Y la vida de tantas personas?

TREFALDI: ¿Es así como habla el hombre o más bien la bestia que tiene sobre su conciencia al menos treinta de los más horribles asesinatos, o quizá los más maravillosos?

TRAVAILLAC: Sí, es verdad. Pero entonces yo tenía, al fin y al cabo, ciertas metas reales.

TREFALDI: ¿Es que la meta de esta noche no es la más real de todas las que nos son conocidas? Vamos a resolver el problema más esencial, el problema del sentido de esta comedia repugnante que ha sido nuestra existencia tras la época de los crímenes, definitiva y lamentablemente extinguida.

TRAVAILLAC: Todavía no acierto a comprender

la plena significación de este plan, pero me seduce en cierta medida. O más bien, me impondré llevarlo a término porque no hay nada en la vida que pueda saciarme.

TREFALDI: No pensemos más. Es necesario que algo ocurra. Todos los terrenos del crimen están ya explotados. No podemos retornar a nuestra vida anterior. Pero imagina, entonces, en que todo estará lleno de encanto si uno de nosotros logra sobrevivir a esta historia. El superviviente culpará al muerto. Por lo tanto, la seguridad es absoluta.

TRAVAILLAC: Bien, estoy de acuerdo. Evidentemente, si pasamos de Dumbell-Junction sin catástrofe, nos encontraremos con el n° 50, con el cual debemos de cruzarnos según el horario. Entre las estaciones nada podrá detener al otro tren. Estoy dispuesto a todo, pero el asunto será difícil si sobrevivimos los dos.

TREFALDI: [abre el regulador a fondo. La máquina comienza a soplar, como furiosa]. No he pensado en la posibilidad de la mutilación, pero ahora ya es demasiado tarde para esas reflexiones. Dejo marchar la máquina a toda la velocidad. [Se estrechan las manos. En el tónder, sobre el carbón amontonado, aparece Julia].

JULIA: [se endereza, se tambalea a causa del movimiento de la plataforma entre el tónder y la locomotora. La máquina sopla cada vez más de prisa y el paisaje comienza a pasar con una rapidez de vértigo]. Quería daros una sorpresa. ¡No

os esperábais esto, eh! La señora Tengier me sigue. Hemos subido en el último momento. Ha sido muy difícil pasar los topes. ¿Por qué vais como endemoniados? La estación está muy cerca.

TRAVAILLAC: Lo sabrás muy pronto. Veremos si eres digna de lo que se arriesga.

JULIA: ¿De lo que se arriesga? ¿Qué es lo que dices, Mikołaj? Seguro que ya te has bebido todo el chartreuse. Tenéis que ocultarnos antes de llegar a la estación, bajo la hulla o en cualquier otro sitio.

TREFALDI: Está hecho. Nuestros sueños se cumplen. Hay que decírselo todo (sobre el tónder aparece Zofia Tengier, alias Erna Abracadabra). Erna, escucha: amo a Julia, y con Travaillac yo me someto al juicio de Dios. He dejado marchar el tren completamente suelto, a todo vapor, hasta que nos rompamos la crisma. Si nos libramos de ello, pues muy bien. Si resulta papilla, aún mejor. No puedo vivir bajo este chantaje. Tengo el presentimiento de que vas a perecer. Tú eres la única a quien mi conciencia no me ha permitido matar. Como ves, te amo a mi manera. Tú has sido mi compañera del alma y mi cómplice. Quizá perezcas accidentalmente. Tú has venido aquí por tu propio deseo. No es culpa mía. [Las dos mujeres lo escuchan completamente estupefactas].

ABRACADABRA: ¿Así que Travaillac, Zygfyrd? ¿Estás loco? Tienes alucinaciones.

TREFALDI: [indicando a Travailac]. Este es Travailac, no Wojtaszek. El célebre Travailac. Míralo bien. ¿No recuerdas lo que leímos sobre él en el “Buldog-Magazine”? Todo está descubierto.

ABRACADABRA: ¡Dios mío! ¡Se ha vuelto loco! Señor Wojtaszek, hay que inmovilizarlo. ¡Oh, por qué me habré dejado arrastrar en esta estúpida aventura. Tú eres la culpable de esto, víbora. (Se abalanza sobre Julia). Has sido tú quien me ha convencido de venir. (Travailac retiene a Erna).

JULIA: Pero señora, yo no he querido nada, yo no sabía nada de esto. (A los hombres) ¡Ahora estoy con vosotros! Esto me gusta. Pero qué lastima, señor Tengier, que usted no sea un criminal como Mikołaj.

ABRACADABRA: Es aún peor que él. (A Travailac). Déjeme, carroña. ¡Sálvame, Karol! ¡Cierra el regulador! ¡Quiero vivir!

TREFALDI: [corta la cuerda del pito en dos sitios]. Travailac, ate a esta mujer enseguida. Es la primera vez en su vida que no sabe comportarse como es debido [le arroja la cuerda].

JULIA: Voy a ayudaros.

ABRACADABRA: ¡Cierra el regulador! ¡Frena! ¡Quiero vivir todavía! ¡Ya basta de cachondeo! (Travailac la amordaza y la arroja sobre el carbón).

TREFALDI: [a Julia] En cuanto a saber si yo soy un asesino, puedo presentarme: soy Karol, duque de Trefaldi. Me parece que llega con eso, ¿no?

JULIA: No... Es... usted es... Es como para no creerlo! ¡Trefaldi! ¡El más infernal! ¡Ah, qué hermoso es esto ahora! Qué feliz soy. Siempre he soñado con algo extraordinario, con algo como en el cine.

TRAVAILLAC: ¿Y yo, no cuento? ¿Y mis crímenes, no significan nada? Julia, préstame atención o de lo contrario mataré al señor duque y detendré el tren.

JULIA: (abrazo a Travaillac) Os amo a los dos. Amo verdaderamente ahora por primera vez, pero a ambos. Sois extraordinarios, y este momento también. Algo se está creando, como antes del principio del mundo.

TREFALDI: ¡He aquí la mujer que es digna de nosotros! ¿Podríamos, pues, no llevar a cabo lo que teníamos intención de hacer? ¡Tenemos que conseguirlo, Travaillac! Sin esa acción ya no podríamos seguir viviendo. ¿No es eso?

TRAVAILLAC: ¡Es evidente! (Se inclina por el otro lado de la máquina). Se ven ya las señales de Dumbell-Junction.

TREFALDI: (mirando los aparatos) Ocho atmósferas y media, 122 kilómetros a la hora. Tengo el presentimiento de que pasaremos la estación sin ningún accidente. ¡Me imagino las caras de esos imbéciles!

ABRACADABRA: (intenta decir algo, con la boca amordazada) Ahrrmbunglohramkopr...

JULIA: (juntando las manos en señal de admiración) ¡Oh, es espléndido! ¡Soberbio! ¡Dos crimina-

les un minuto antes de la catástrofe, y yo con ellos, amo a los dos, y ellos me aman! ¡Ah, esto es la vida! Quisera estallar en migajas. No podré soportar hasta el fin.

(Un terrible pitido de la máquina la interrumpe).

ACTO II

El decorado es el mismo que el del primer acto. El paisaje pasa a una velocidad inaudita. Durante el entreacto el cinematógrafo se ha cambiado: en un cierto momento debe pasar una ciudad iluminada, después la estación con las luces. Por el lado derecho de la máquina, apoyado sobre el regulador, Trefaldi, inclinado hacia fuera, a la derecha. Todo está envuelto en el vapor que sale de los grifos cilíndricos.

TREFALDI: Lo que tenemos que decirnos, debemos decirnoslo ahora. Dentro de medio minuto vamos a pasar el primer semáforo de Dumbell-Junction. No sé si a esta velocidad no descarrilaremos en el primer cruce.

TRAVAILLAC: Yo diré sólo esto: 11 atmósferas y 130 kilómetros a la hora. Mi cabeza gira como un obús siguiendo una espiral en el abismo infinito del Universo.

JULIA: Yo digo que me siento maravillosamente bien. Para mí nada ha poseído, jamás, tanto encanto como lo que ocurre ahora, aunque me hayan dicho que soy una histérica. Por esto, merece la pena morir incluso diez veces.

TREFALDI: En cuanto a mí, no diré nada. Tengo la impresión de que algo ha absorbido todos los pensamientos de mi cabeza. No soy más que la prolongación de este regulador, es como si mi

cerebro estuviese ensartado contra este triángulo de hierro. O más bien me he identificado por completo con la máquina. Soy yo mismo quien corre como un toro en el espacio para ir a lanzarme contra el borde de mi destino. No, el momento es verdaderamente importante. Se podría poner sobre nosotros un cartel: ¡no tocar: alta tensión, peligro de muerte! Cualquiera que en este instante me tocara, caería fulminado. ¿Quizá sea esto el comienzo de la locura mecanizada?

TRAVAILLAC: Admiro tu modestia, Karol: afirmas que no tienes nada que decir y charlas como un feriante.

TREFALDI: Toda mi dialéctica es negativa, yo no puedo decir nada positivo. No existo mas que como una proyección móvil del vacío sin fondo sobre una pantalla. Creo que si la máquina se detuviera súbitamente, me moriría.

JULIA: Ah, no, dejar ya de analizaros. Los verdaderos hombres son siempre así, ¡jay!, incluso los titanes como vosotros. Este es un momento único en el cual podemos saciarnos hasta la médula. En la vida cotidiana sólo tenemos retazos, briznas, restos, lo único que es posible. Pero ahora lo tengo todo. Ya no espero nada definido, pero lo tengo. Una colisión, incluso, ya no significaría nada. Ahora os poseo a los dos, en el mismo nudo de la muerte que se encuentra en mí, en vosotros, y en esta máquina infernal. ¿Es que podría poseeros así en la vida, en una habi-

tación cualquiera, a una hora cualquiera de una noche normal y corriente?

ABRACADABRA: (se libera, haciendo un esfuerzo poderosísimo se quita la mordaza y grita) ¡Lo sé! ¡Mona podrida! ¡Sé muy bien con lo qué sueñas, oca plebeya y corrompida, pedazo de carroña vulgar nunca saciada! (Travaillac la retiene. Se zarandean. Julia estalla en una risa loca y salvaje).

TREFALDI: (con una voz atronadora) ¡La estación está cerca! No puedo dejar el regulador. ¡Arrojad fuera esa masa sin alma! ¡Que esa fiera vulgar, esa encarnación del más vil chantaje no ensucie este momento único con su presencia! (Entre Travaillac y Julia arrojan a Abracadabra por la izquierda).

TRAVAILLAC: (se inclina hacia fuera para ver si todo ha ido bien). ¡Se ha hecho trizas contra la bomba! He ahí la estación. Primer semáforo. La ruta está libre. El otro semáforo indica que la línea está ocupada. Eso quiere decir que el nº 50 va en dirección a Dumbell-Junction. ¡Se acerca el momento decisivo!

TREFALDI: (empuja el regulador. Todos se abalanzan hacia el lado izquierdo de la máquina y se inclinan hacia fuera). Todo va bien. Si no fuera por este vacío espantoso de la cabeza, sería feliz. (El semáforo pasa, después la estación iluminada. Se escucha el golpeteo de las ruedas en los cruces. La muchedumbre vocea en el andén y lanza gritos desesperados. De nuevo pasa un

semáforo, después algunas chimeneas de fábricas sobre el fondo de luces de la ciudad y comienza a desfilarse el paisaje con la luna].

TRAVAILLAC: [inclinado hacia el lado izquierdo. Julia en el centro. De último, hacia el lado derecho, Trefaldi]. Alguien ha subido al tren en marcha. Posiblemente un loco. Puede estropearlo todo...

JULIA: [los abraza con éxtasis]. ¿Quién puede ser más loco que nosotros? No existe nadie, aparte de nosotros. Somos únicos, solos, inmensos. ¡Al fin comprendo lo que es la grandeza! ¡Qué reconocida os estoy! ¡Cómo os amo a los dos!

TREFALDI: Si el nº 50 viene con retraso esto puede resultar un mal asunto. Ya no soportaremos la tensión mucho tiempo. Y si nuestra presión interior baja, no garantizo el sesgo que tomará la catástrofe.

JULIA: No digas eso, yo resistiría incluso tres horas. En esta espera se condensa toda la vida, como en un globo lleno de gas congelado.

TRAVAILLAC: Sí. Habitualmente las mujeres son más resistentes que los hombres. Nosotros podemos soportarlo, pero no por mucho tiempo. Si se prolonga, no marchará tan fácilmente, o quizá vaya completamente mal.

TREFALDI: ¡Escuchad! Alguien sube por la parte trasera del tender. [Todos miran hacia la izquierda].

VOZ: [llegando de la parte invisible del tender].

¡Están aquí, aquí! Ya os dije que no todo estaba perdido. Quizá se haya estropeado el freno de la máquina. ¡Todos conmigo! ¡Vamos a ayudarles!

TRAVAILLAC: [intentando alcanzar el bolsillo trasero] ¡Qué diablos! Ahora el trabajo va a ser más duro. ¿Disparo o no? No quiero cometer ningún nuevo crimen. [Con desesperación] Oh, la, la, es toda una banda la que llega.

TREFALDI: No dispires. Las cosas se aclararán por sí solas.

JULIA: Mikołaj, ¡esto retrocede! ¡Va a la deriva!

TREFALDI: Ves perfectamente que sigo marchando a 115 por hora y todavía te quejas. ¡Oh, qué insaciabilidad!

[En el ténider, sobre los trozos de carbón, se arrastra hacia la locomotora Walery Kapuściński, vestido con chaqué. Con la cabeza herida y atada por un pañuelo manchado de sangre. Sus manos también están ensangrentadas].

KAPUŚCIŃSKI: Soy Walery Kapuściński. ¿Una mujer aquí? ¿Qué hace usted aquí, diablos? Pero en fin, no tiene importancia. ¿En qué podemos ayudarles? Díganlo pronto porque el nº 50 ya ha salido de la estación más cercana y avanza en dirección hacia nosotros. No hay nada que pueda detenerlo. El teléfono del guardagujas nº 20 no funciona. Ya se habló de ello en la estación.

JULIA: [con amargura] Nada podrá ser bello en este mundo. El ganado humano siempre lo echa todo a perder.

TREFALDI: Entonces, ¿ciertamente no todo está perdido? ¡Qué hijos de perra! ¡*Sangue del cane!* Y yo he olvidado ese teléfono, yo, un empleado del ferrocarril. Ja, ja... Pero siempre hemos puesto toda nuestra esperanza en la velocidad. El otro, ese cretino tren de mercancías no podrá nunca retroceder a 130.

KAPUŚCIŃSKI; ¿Qué dice? Esa mujer es una loca. ¿Y usted también ha perdido el sentido? ¿No puede detener la máquina? Dígame lo que tengo que hacer. ¡Rápido! [Arrastrándose lentamente sobre el carbón, aparecen en la locomotora: Minna de Barhelm, su dama de compañía Mira Kapuścińska, Turbulencjusz Dmidrygier, los tres canallas y los dos gendarmes. Todos están asustados].

TRAVAILLAC: [a los gendarmes] Han hecho bien en venir aquí. Nos hacen falta dos palancas a mí y a mi jefe, para detener el tren. Se ha averiado el regulador. Denme sus fusiles. [Los gendarmes, muy asustados, entregan sus fusiles] ¡Perfecto! Y ahora, ¡lárguense! [Arroja los fusiles hacia fuera, por el lado izquierdo, y saca el revólver de su bolsillo]. La situación se complica cada vez más, pero nos las arreglaremos. ¡No se muevan o les meto una bala en la cabeza!

KAPUŚCIŃSKI: Sí, son unos locos. Es una demencia general, contagiosa. Estamos perdidos si nadie toma una decisión. Yo estoy agotado a consecuencia de la captura del tren. No puedo hacer más. Estoy completamente roto.

MINNA: ¿Es que nadie tiene coraje para enfrentarse a estos asesinos? Dentro de cinco segundos quizá sea demasiado tarde. De todas formas moriremos si alguien de ustedes no viene en ayuda.

[Trefaldi está de pie, con los brazos cruzados. Julia permanece cerca de él, protegida por el revólver de Travailac].

MIRA KAPUŚCIŃSKA: ¡Os lo ruego, os lo suplico! Mi hermano, Walery, no es más que un empleado de banca. Es cierto que dicen de él que está loco, porque por las noches pinta cuadros formistas, pero al menos se ha atrevido a subir al tren en marcha para salvarme, para salvarnos a todos. A cien por hora. Me esperaba con las flores en la estación... ¿Comprenden? Yo he sido la primera en dar la alarma en nuestro vagón.

DMIDRYGIER: Sí, pero ninguno de nosotros tiene armas. ¿Quién podía esperar esto? En una línea de tanta solvencia. En estos momentos, cada segundo nos acerca a la muerte. La muerte aquí, allí... Es para volverse loco.

[Llega el jefe de tren con una linterna].

JEFE DE TREN: Oh, Dios mío, señor Dmidrygier, qué ocurre en este tren. Nadie parece saber nada. Se habrán creído que no tenían que detenerse en la estación. En los últimos vagones nadie tenía billete para Dumbell-Junction. Los dos se han vuelto locos. El alcohol es el culpable de estas cosas. Yo tampoco tengo armas.

DMIDRYGIER: Por el amor de Dios, no perda-

mos el tiempo con habladurías. Esto no es una representación teatral. Usted tiene que ayudarnos, tiene que hacer algo. Después de todo, le conozco personalmente.

JEFE DE TREN: Yo no sé nada, No sé donde están las palancas de mando. Sólo sé perforar billetes o controlar si los mismos ya están bien perforados. La especialización es el gran desastre de nuestra época, ¿no es así?

III CANALLA: (esposado) Señor Dmidrygier, yo también le conozco a usted personalmente, aunque de manera muy especial. No me he presentado, pero a pesar de eso yo le robé una noche en la calle. Perdóneme y haga que me suelten las manos. Antaño fui maquinista.

DMIDRYGIER: (a los gendarmes) Quítenle las esposas.

MINNA: (al tercer canalla) Sávenos y conseguiré que abandone la cárcel. Mi tío es procurador en el tribunal de apelación. Desde hace dos minutos amo a ese fogonero. Es mi tipo. Al fin lo he encontrado. Tengo que quitárselo a esta joven y vivir con él hasta que la muerte nos separe. ¡Tengo que vivir! ¿Comprendes? ¿Lo entiendes? (Los tres locos estallan en una risa infernal. Durante este tiempo los gendarmes libran de las esposas al III Canalla).

TRAVAILLAC: ¿Sabeis? Esta señorita nos viene al pelo. Eso hace que nuestra situación sea más entretenida.

TREFALDI: Es la lucha de siete predestinados en

un único punto casi matemáticamente definido. Sobre eso, no se puede decir nada interesante, salvo los tópicos ordinarios con los que los autores dramáticos poco hábiles llenan el vacío de sus piezas. Entonces, esperemos. Sin embargo, siento curiosidad por ver si tendrán el valor suficiente. Mi pequeña Julia: ¿no nos traicionarás en caso de que nosotros nos salvemos?

JULIA: ¡Nunca en la vida! Yo soy una supermujer, no soy de este mundo. Sólo hay una cosa que me enfurece, y es que nos hayan estropeado una aventura tan maravillosa.

MINNA: ¡Despreciable mentirosa! Ahora sé muy bien con qué artificios retiene a este bello fogonero.

TRAVAILLAC: ¡Karol! Ponte a toda prisa cerca del regulador. Llevados por la desesperación son capaces de hacer cualquier cosa.

JEFE DE TREN: [alumbrando con la linterna] ¿Karol...? Toda la vida se ha llamado Zygfyrd.

TREFALDI: [deslizándose a lo largo de la caldera, por el lado izquierdo de la máquina] ¡No toda, amigo! Si sobrevives, llegarás a conocer muchas cosas interesantes. Sabes, Travaillac, es mejor que hayan venido aquí. Eso me incita a la resistencia. Si no fuera así, lo confieso, quizá hubiese retrocedido ante la hora de mi muerte. Pero es necesario dejarle algunas migajas a este pobre azar.

JULIA: Admiro tu heroísmo, Karol, por haber confesado tu culpa.

DMIDRYGIER: Resulta espantoso que nuestra vida, en un estado semejante de civilización, se encuentre en manos de tales gentes. Se me hace difícil creer que me encuentro en un tren. [Kapuściński cae desvanecido sobre el carbón. Todos, muy excitados, esperan la liberación del canalla].

TRAVAILLAC: [a Dmidrygier] Entonces, ¿te habías creído que éramos maniqués sin voluntad, como tú? Nosotros, los criminales, y sobre todo los que lo son por el crimen mismo, sin razón ni interés, somos todavía algo en este envilecido mundo.

JULIA: Sí, los criminales y tal vez los artistas. Aparte de ellos, no hay nada más. Aunque a los artistas sólo los conozco por sus obras. ¿Quizá los locos? Pero a esos no los conozco en absoluto.

III CANALLA: [al que han soltado] ¡Lárguense de aquí! ¿Y estos, es que no son locos? ¿Y usted misma, no está loca? ¿Eh..?

MINNA: Esto es una broma, una broma abominable. He aquí la influencia del arte contemporáneo.

III CANALLA: [liberado] Ahora, traten de arrinconarlos. Yo intentaré detener la máquina. Más rápido, porque delante hay algo que pita. [Dmidrygier, los otros dos canallas y los dos gendarmes se empujan animándose mutuamente. Nadie se decide].

MINNA: Ah, si nadie se atreve, lo haré yo misma. Cobardes de mierda.

III CANALLA: (con las manos en los bolsillos) Sólo los mayores cobardes se hacen valientes ante el miedo. (Mientras habla, Minna coge la pala y golpea a Trefaldi en la cabeza, quien cae sobre la barrera. Los otros, decididos, se arrojan sobre Travailac. Este efectúa dos disparos de revólver que no alcanzan a nadie. Travailac es inmobilizado. El III Canalla cierra el regulador y gira la corredera en sentido inverso, después abre de nuevo el regulador para la contra presión y dice): Una corredera sistema Heisinger von Waldeck. Bonita pieza, en mis tiempos no existían.

(Ruido en la máquina. Julia permanece apoyada contra la caldera. Se agarra la cabeza con las manos. Los demás lanzan gritos de alegría).

DMIDRYGIER: (inclinado hacia fuera, por el lado izquierdo de la máquina, grita con desesperación). ¡Demasiado tarde! El nº 50 se nos viene encima a gran velocidad. No podremos detenernos. ¡Pite, señor X! ¡Más rápido!

(El III Canalla hace salir de la máquina un pitido horrendo. Gritos desesperados. Llenos de pánico, miran en todos los sentidos y abandonan a Travailac).

TRAVAILLAC: (gritando) ¡Julia! ¡No temas! ¡Serás mía! Mi jefe se reventó las tripas. La ha diñado.

MINNA: No, tú eres para mí. ¡Para mí! ¡Eres mío! Moriremos juntos. No quedará de nosotros más que una papilla.

[Abraza a Travaillac que se agita. La dama de compañía, Mira, la aparta de Travaillac. Al mismo tiempo, espantoso ruido y estruendo. El vapor lo oculta todo y se ve la máquina que estalla en pedazos].¹

1. Yo mismo he visto la explosión y el derrumbamiento de un edificio en la pieza de Bjornson "Más allá de las fuerzas humanas", en el teatro de Cracovia. Sé que desde un punto de vista técnico se puede realizar. (N. del autor)

EPÍLOGO

[Paisaje inmóvil. Noche, claro de luna. Nubes blancas atraviesan el cielo. De la máquina destruida no queda más que un amasijo de hierros. Nutrido grupo de viajeros. Gemidos y gritos. El guardagujas Gęgoń, con una linterna roja en la mano, habla con el jefe de tren. Se retiran cadáveres y heridos].

GUARDAGUJAS: ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo hay tanta gente en la locomotora? ¿Han disparado? ¿Ha sido un asalto?

JEFE DE TREN: [se agarra la cabeza, sin gorra. Tiene el abrigo hecho jirones] Pe-pe-pe-pe-pe-pe-pe... Ah, ah... Dios mío, Dios mío...

GUARDAGUJAS: Pero intente hablar un lenguaje humano. Cuando vi lo que ocurría accioné inmediatamente la señal de alarma, para ustedes y para el n^o 50. Ustedes han debido pasar la estación de largo o bien mi reloj marcha mal. Mi mujer está trastornada. Hoy ha sufrido un acceso de locura. Y además el teléfono dejó de funcionar a partir de las cinco de la tarde. ¡Yo no quiero ser responsable de esto!

[El jefe de tren extiende los brazos y farfulla algo sin que nadie le entienda. Después habla].

JEFE DE TREN: ¡Mmmisttterrrio! ¡Es un milagro que me haya salvado! Tengo el cerebro hecho puré y un agujero en la cabeza. Dentro de poco todo saldrá por ahí.

[Apartan a Julia que corre gritando hacia la delantera del escenario].

JULIA: (como enloquecida) ¡Ya no queda belleza en la vida! ¡Todo es una mierda! ¡Todo lo bello se ha acabado de una vez para siempre! ¡Esto es demasiado! ¡Matadme! ¡No quiero más, no quiero ni ver ni saber! No sé si soy yo en realidad. No sé lo que ocurrirá dentro de un momento. En mi cerebro se han introducido palabras sin significado. Todo es a la vez extraño y abominable. Nada es ya como aquello, sino de otra manera. ¡Tengo mucho miedo! No sé si estas personas viven en realidad (señala a los presentes). Un abismo negro, blando e impersonal se abre ante mí (se sienta sobre los escombros).

GUARDAGUJAS: Se ha vuelto loca a causa del “shoc” nervioso. Habla igual que mi mujer.

[Sacan de entre los escombros a Trefaldi, y los cadáveres de los tres canallas y del segundo gendarme].

I GENDARME. Sí, sí, estos tres canallas y mi colega ya no son más que papilla. (Señala a Trefaldi) ¡Y éste es el principal culpable! ¡Deténganle!

TREFALDI: ¿Es que no ves, fantoche, que tengo las tripas al aire? Me estoy muriendo. Por lo menos treinta centímetros del regulador han entrado en mi vientre. (Sacan a Travailac y Minna sanos y salvos). Además, sufro un “shoc” nervioso debido al golpe que me ha sacudido esta dama (señala a Minna).

MINNA: Estamos sanos y salvos. Vamos, querido, olvida a la que te empujó a tan horribles cosas. Conmigo te tranquilizarás completamente.

TRAVAILLAC: Sí, pero ¿y la responsabilidad? Hay testigos. Las cosas no han salido como esperábamos. Verdaderamente, después de esto sólo deseo estar tranquilo.

MINNA: No es nada. Permanecerás seis meses en un hospital para alienados y te repondrás. Después te sacaré de allí. Mi tío es procurador del Tribunal de apelación. Tienes que vivir y ser libre. Eres mi tipo de hombre. No encontraré jamás a otro como tú, aunque sea condesa. (Al gendarme). Yo respondo por este señor, por el fogonero. (El gendarme saluda).

TRAVAILLAC: Si es así, está bien. ¡Adiós, jefe! Para mí todo comienza de nuevo, ¡jay! Los momentos que hemos vivido tenemos que agradecerseles a la sugestión de Julia. Me he hartado ya de mujeres histéricas para el resto de mi vida. (Sale por la izquierda con Minna).

DMIDRYGIER: (saliendo de entre los restos). Los dos Kapuściński están hechos picadillo, picados como un repollo. Me he manchado por completo con las entrañas de la señorita Mira. Tengo la impresión de haber soñado.

(Llega Janina Gęgoń, con el cabello revuelto. Toda de blanco, adornada con flores como Ofelia. Lo contempla todo tranquilamente).

JEFE DE TREN: Vamos a tomar una cerveza,

señor Gęgoń. Antes de que todo esto se aclare vamos a empezar el nuevo barril. El tren de auxilios se ocupará del resto. ¡Siempre que lo de hoy no se convierta en una epidemia para los maquinistas del mundo entero!

JANINA GĘGOŃ: [acercándose a Julia y abrazándola] Yo también lo sé todo, como ella. Sólo lo sabemos las dos. Los demás son una pandilla de cretinos. He esperado siempre. A cada tren que pasaba. No sabes qué suplicio es esperar y observar los trenes que pasan, que van a cualquier parte y llevan a tanta gente, tanta gente. Por fin, no he esperado en vano. Hoy a las cinco he cortado el teléfono. Un espíritu me ha dicho la otra noche que lo hiciera así. Tenía la barba oscura y ojos brillantes como los de un gato. Fue con él con quien engañé a mi marido en sueños. Ah, ah.

GUARDAGUJAS: Janina, tranquilízate y vete a casa. Es vergonzoso escuchar lo que cuentas.

TREFALDI: [alzándose] ¡Janina! ¿Por qué no te habré conocido antes! ¡Seguramente te hubiera seducido!

JANINA: ¡Es él! Es con quien he soñado la otra noche.

[Cae al suelo con un grito salvaje. Julia la abraza. Por el lado derecho entran corriendo el doctor Marcel Waśnicki y dos gendarmes].

DOCTOR WAŚNICKI: [señalando a Trefaldi] Ante todo salvemos a éste. Es el mayor criminal del mundo, el célebre duque Trefaldi, el rey de los asesinos. Cuando menos, él tiene que vivir para

expiar sus crímenes. [De rodillas, cerca de Trefaldi]. La policía recibió el telegrama. Hemos venido en una *draisina* desde Dumbell-Junction. Allí es donde debió ser arrestado. La gente no sospechaba nada. [Examina a Trefaldi] ¡Hijo de perra! No hay nada que hacer. Tiene las entrañas de fuera.

TREFALDI: Demasiado tarde, doctor. Ni siquiera para satisfacción del tribunal puedo aplazar la hora de mi muerte. Tenía una ilusión, pero juro que no sabía nada. Muero sin pena, por consiguiente, puede consolarse. Adiós.

[Muere. Todos se descubren].

GUARDAGUJAS: Doctor, olvide a esos asesinos y ocúpese de estas mujeres. [Indica a su esposa y a Julia] Las dos están completamente locas.

DOCTOR WAŚNICKI: [alzándose]. Enseguida, enseguida. Primero la justicia, después los heridos y finalmente los enfermos mentales, pues nosotros no podemos hacer absolutamente nada por ellos.

TELÓN



Stanisław Ignacy Witkiewicz, conocido como Witkacy (1885—1939). Pintor y escritor polaco. Adoptó el seudónimo Witkacy para distinguirse de su padre, Stanisław Witkiewicz, célebre pintor y escritor. Estudió en la Academia de Bellas Artes de Cracovia y durante la I Guerra Mundial fue oficial ruso, actuando como comisario político tras el estallido de la revolución.

Como escritor destacó en su producción teatral, calificada como superexpresionista y precursora del teatro del absurdo (Beckett, Ionesco). La dramaturgía de Witkacy se caracteriza por una recurrencia de motivos que se encadenan y enlazan, a veces obsesionalmente.

Entre los años 1918-1926 escribió unas 30 piezas de teatro. Entre ellas, cabe destacar *Los pragmáticos* (1919), *La nueva liberación* (1920), *La gallina acuática* (1922), *El loco y la monja* (1923), *La locomotora loca* (1923), *La Madre* (1924), *Sonata de Belcebú* (1925) y *Los zapateros* (1934).

Es autor, asimismo, de ensayos como *Las nuevas formas de la pintura*, (1919); *Escritos estéticos*, (1922); y novelas, de las cuales *Insaciabilidad* (1930), es considerada como su obra maestra.